sino que les servirán de refrigerio, pensando que en ellos se pueden parecer a Cristo crucificado en los oprobios. El, siervo, no querrá tomar otro camino que el de su Señor y por eso sufrirá con reverencia, bañándose y sumergiéndose en la sangre de Cristo. Cuando el alma gusta su sangre con afecto de caridad, entonces la voluntad propia queda muerta y privada de toda pena, pues sólo la voluntad hace que los padecimientos y tribulaciones sean sufrimientos para nosotros. Muerta nuestra voluntad y revestidos de Dios, el dolor se convierte en deleite y el deleite sensible, en razón del odio a nosotros mismos, nos será fatigante, pues entenderemos que el camino del deleite no es el de Cristo crucificado. Mirad a los santos que le han seguido y ved también que el reino del cielo, la vida eterna, no se vende ni adquiere con deleites sino con pobreza voluntaria, teniendo al sufrimiento como deleite y sufriendo mucho, tomando al deleite como fatigoso, como se ha dicho. Entonces la voluntad se halla acorde con la de Dios y de ahí que reciba sus primicias. Por eso decía yo que en esta vida recibe las arras de la vida eterna.

Ese tal no cae en el tercer defecto que es la crítica, es decir, el enjuiciar la voluntad de Dios injustamente y sin amor. Viéndose amado por El, lo acepta todo con amor. Tampoco cae en la crítica de la voluntad de los hombres en circunstancia o en cosa alguna, sean tormentos, injurias, persecuciones que le hayan hecho. Con justa mesura piensa que Dios lo permite para su bien y que lo hace para probar su virtud. Nunca enjuiciará a los servidores de Dios o lo que alguna criatura hace y, hasta si claramente ve el mal, no lo tiene en cuenta, ni debe tenerlo, para condenar o murmurar, sino que, por compasión, debe sufrirlo por Dios, achacando a sí mismo los defectos del prójimo.

Así se debe actuar el afecto a la virtud, y no como los imperfectos, cegados por el amor a sí mismos, por el amor propio. Parece que se alimentan de criticar al prójimo, no sólo a los mundanos sino a los siervos de Dios, queriéndolos gobernar a su modo y, si no obran según su

criterio, se escandalizan de ello. Muchas veces llegan a la crítica con apariencia de compasión. Quieren poner ley al Espíritu Santo y no lo advierten. ¿Por qué? Porque el demonio se lo ha ocultado con el velo de la compasión. Esto es, más que todo, envidia muy arraigada y presunción de sí mismo, porque sabe algo más, pero no compasión. Si fuese compasión y celo de la salvación de las almas y del honor de Dios, usaría la caridad, se abriría a la persona por la que se apena, y así ganarían él y el prójimo, y si de veras fuera generoso, con verdadera luz, gozaría al ver los diversos modos y caminos que Dios tiene con sus servidores. Porque la suma Bondad manifiesta que tiene gracias diversas para dar, y por ello dijo Cristo bendito: «en casa de mi Padre hay muchas moradas». ¿Qué lengua podrá narrar los modos, visitas, dones y gracias tan diversas que Dios emplea no sólo con las distintas criaturas sino con una misma? Porque como las virtudes son distintas, aunque todas llevan el marchamo de la caridad, son distintos los modos y costumbres de los servidores de Dios. No es que quien posea perfectamente la virtud de la caridad carezca de las demás, sino que a uno le es más apropiada una virtud y a otro otra. De esa virtud principal se derivan las otras. Consiguientemente, vemos modos distintos. A uno le vemos que se presta más a la caridad y se deleita plenamente en el amor al prójimo; y a otro, que le viene mejor la de la humildad acompañada del hambre de soledad. En uno es la justicia; en otro la serenidad, con una confianza viva al parecerle que nada tiene que temer; en uno la penitencia, dándose a mortificar el cuerpo; en otro, la preocupación de dar muerte a su voluntad propia con verdadera y perfecta obediencia. Así, pues, son distintos los modos y costumbres pero cada uno camina dentro del ámbito de la virtud de la caridad. Por ejemplo, hay santos en el cielo que han andado el camino de la caridad de modos muy diversos y que no se parecen a otros. Hasta en la naturaleza angélica existe diferencia, porque no son todos los ángeles iguales. Por eso entre los deleites del alma en la vida eterna hay que considerar la

grandeza de Dios en sus santos por los diversos modos con que les ha premiado. En todo lo creado encontramos diferencia, a saber, al ver la variedad de las cosas, pues no todas son iguales, si bien todas han sido creadas con el mismo afecto, con un mismo amor. Para quien posea luz (suficiente) es una gran dignidad verla en Dios, pues la encontrará en las cosas visibles e invisibles, como se ha dicho. Por tanto, sin duda alguna, es necio y fatuo el que quiera gobernar a las criaturas a su modo, pues no seguirán su parecer y se turbará por ello. No debe, pues, caer en la tercera crítica, sino alegrarse y aceptar con reverencia los usos y costumbres de los servidores de Dios, diciéndose a sí mismo con humildad: «Gracias te sean dadas, Señor, por los distintos modos y caminos que ofreces y haces que sigan tus criaturas».

Aunque, en concreto, se vea un defecto en los servidores de Dios, o en los del mundo, súfralo con compasión ante Dios; y si puede llamar la atención caritativamente a su prójimo, debe hacerlo. Eso hace el que es perfecto en caridad y en humildad, pues no presume de sí mismo. Se encuentra bien fundado y no se turba interiormente aunque tenga que padecer pesadas obediencias del prelado; antes bien obedece en todo hasta la muerte, a no ser en lo que vea estar fuera de la voluntad de Dios. Lo que haya de ser ofensa a Dios no lo debe hacer; sí todo lo demás. No se turba a causa del prójimo: ni por injurias que le hagan, ni por modos, ni por costumbres distintas que viere en él, sino que se alegra, aprovecha y saca fruto para sí, en razón de la virtud de la caridad que hay en el interior de su alma. ¿Quién nos muestra esto? La virtud de la paciencia que ha hecho clara y manifiesta la virtud del perfecto, lo mismo que su carencia en el imperfecto. En éste se ve lo contrario. Por tanto, es ciertamente verdad que la virtud de la paciencia es una señal demostrativa de si el hombre es perfecto o imperfecto.

Vos habeis ingresado en estado de gran perfección. Por eso debéis ser paciente del modo indicado, bañando y ahogando la voluntad propia en la sangre de Cristo cruci-

ficado. De otro modo ofendereis a vuestra perfección, a la que habeis entrado a servir, y caereis en la segunda impaciencia de que hemos hecho mención. Por eso os dije que deseaba veros fundamentado en la verdadera y santa paciencia para que, por los sufrimientos, gozáseis y gustáseis las primicias de la vida eterna y, al final, recibais el premio por ellos. Por eso, descansad en la cruz con el dulce e inmaculado Cordero. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

LA PERSEVERANCIA Y LA CONFIANZA EN DIOS

A Pedro de Juan Venture de Siena

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo en su preciosa sangre con deseo de verte perseverante en toda virtud, porque sin la perseverancia no recibirás la corona de la gloria que se da a los luchadores. Pero me dirás: «¿Dónde puedo adquirir esta perseverancia?». Te respondo que tanto sirve una persona a la criatura cuanto la ama, y no más; y tanto falla en su servicio cuanto le falta el amor; y tanto ama cuanto se ve que es amada. Ves, por tanto, que de sentirse amada procede el amor, y éste te hace perseverante. Cuanto dediques el entendimiento a considerar el fuego y la profundidad de la inestimable caridad de Dios para contigo, amor manifestado por medio del Verbo del Hijo, tanto te verás obligado por el amor a amarlo en verdad con todo el corazón, con todas tus fuerzas, voluntaria, sincera y puramente, sin tener en cuenta tu propia utilidad. Ves que Dios te ama por tu

bien y no por el suyo, porque El, nuestro Dios, no necesita de nosotros. Por tanto tú, y toda criatura racional, debe amar a Dios por Dios, por ser suma y eterna Bondad, y no por utilidad. Al prójimo hay que amarlo a causa de Dios. Una vez colocado el fundamento en el afecto de la caridad, pronto comienzas a servir por medio de las virtudes. Así, con la luz y el amor, adquirirás la virtud y perseverarás en ella.

Advierte, sin embargo, que al verte amado de Dios, debes considerar tu culpa y darte cuenta de su gravedad por el conocimiento de ti mismo, a fin de que te acuerdes de la pequeña virtud de la humildad y no presumas de ti, ni caigas en darte gusto a ti mismo. ¿Sabes lo necesario que nos es conocer y comprender la gravedad de nuestras faltas para conservar y aumentar la vida de la gracia en el alma? Tanto como necesitamos el alimento corporal para conservar la vida del cuerpo. Por tanto, aparta de ti la nube del amor propio para que no te estorbe la luz con la que obtendrás este perfecto conocimiento y, con éste, el amor y el odio. En el amor hallarás la perseverancia y darás cumplimiento en ti a la voluntad de Dios y a mi deseo, que es verte crecer y perseverar hasta la muerte en las verdaderas y reales virtudes.

Líbrate de fiarte de ti mismo. Eso es un sutil viento de presunción que nace del amor propio, porque pronto desfallecerás y volverás la vista atrás para mirar al arado. Como el amor adquirido en el conocimiento de ti con verdadera humildad te hace perseverar en la virtud, así el amor, con la presunción que te hace confiar en ti mismo, te arrebata la virtud y te hace caer en el vicio y perseverar en él. Huye, hijo, huye del viento sutil del propio deleite, apártate de él y vete al costado de Cristo crucificado. Pon en él tu entendimiento para contemplar lo secreto del corazón. Allí se enciende el afecto al ver que de El, de su cuerpo, ha hecho un refugio para que tengas dónde librarte de las manos de tus enemigos y puedas reposar y poner en paz tu espíritu en el afecto de su caridad. En él tendrás el alimento, porque bien ves que te ha dado su

carne asada, preparada en la cruz al fuego de la caridad, y la sangre como bebida: todo distribuido en la mesa del altar, todo Dios y todo hombre. Derrítase de hoy para siempre la dureza de nuestro corazón; ablándese el espíritu para recibir la doctrina de Cristo crucificado.

Quiero que ahora comenceis, tú y los otros, hijos descuidados, a pareceros a este Niño que ahora nos presenta la santa Iglesia, al Verbo encarnado. ¿Qué más podemos considerar para confundir nuestra soberbia, que ver a Dios abajado a ser hombre? ¿La altura de la deidad descendida a tan gran bajeza como es nuestra humanidad? ¿Cuál es la causa de esto? El amor. Este le hace vivir en el establo en medio de los animales. El amor le obliga a saciarse de oprobios, vestirse de sufrimientos y sufrir hambre y sed. El amor le hace correr con pronta obediencia a la afrentosa muerte en la cruz. Le hace ir al infierno y a saltar al limbo para dar plena remuneración (dando libertad) a los que de veras le habían servido y esperado. Le hizo quedarse en alimento para nosotros. Después de la Ascensión envió el fuego del Espíritu Santo que nos iluminó con su doctrina. Ella es camino fundado en la verdad, que nos da vida, nos saca de las tinieblas y concede la luz de la eterna visión de Dios. Todo, pues, lo ha realizado el amor.

Con razón debe avergonzarse y confundirse el hombre de no amar ni corresponder a tan profundo amor. Bien triste es que, pudiendo tener fuego, se deje morir de frío y, teniendo delante la comida, consienta morir de hambre. Tomad, tomad vuestro alimento, a Cristo Jesús, crucificado... de otro modo. Si de otro modo lo quisiéseis, no sereis constantes ni perseverantes, y la perseverancia es la que recibe la corona, como dijimos. Sin ella recibirá el alma vergüenza y no glorificación. Considerando yo esto, dije que deseaba verte perseverante en la virtud. No digo más aquí. Permanece en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

DEL AMOR A DIOS NACE EL AMOR AL PROJIMO

A una terciaria de Santo Domingo

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hermana e hija mía en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo en su preciosa sangre con el deseo de verte esposa y sierva de Jesucristo crucificado. Debemos ser siervas, porque hemos vuelto a ser compradas por su sangre; pero no veo que nuestro servicio puede serle de utilidad alguna. Por tanto, debemos ser útiles a nuestro prójimo, por ser él el instrumento por el que probamos y adquirimos la virtud. Ten en cuenta que toda virtud recibe vida del amor y que por éste se adquiere, es decir, elevando nuestro entendimiento e intentando ser amados por Dios. Al vernos amados no podremos menos de amar. Amando a Dios abrazamos la virtud por el afecto de amor, y despreciamos con odio el vicio.

Ves, por tanto, que en Dios concebimos la virtud y que la damos a luz en el prójimo. Sabes bien que en la necesidad del prójimo alumbras al hijo, la caridad, que se halla en el interior del alma, y que en las injurias recibes la paciencia. Ora especialmente por los que te injurian. Debemos obrar así: si nos son infieles, debemos nosotros serles fieles, amarles graciosamente y no como pago de deuda. Es decir, guárdate de amar al prójimo por propia utilidad, porque no sería un amor fiel ni corresponderías al amor que te conviene. Así, como Dios te ha amado graciosamente, quiere El que, al no poder corresponderle con un amor igual, se lo ofrezcas al prójimo, amándole gratuitamente, no por deber, como se ha dicho. Tampoco debe disminuir tu amor al prójimo por injurias, ni porque veas que él te ama menos, o por ser menor el deleite o el provecho, sino caritativamente, tolerando y sufriendo sus

defectos. Debes mirar a los servidores de Dios con gran consuelo y reverencia.

Cuidado no obres como las necias y locas que se ponen a escrutar y juzgar los usos y costumbres de los servidores de Dios. Quien lo haga es muy digno de represión. Ten en cuenta que no sería sino poner leyes y normas al Espíritu Santo el querer que los servidores sigan nuestro parecer. Piensa que el alma que se apega a este modo de enjuiciar tiene aun dentro, y no fuera, las raíces de la soberbia, y no posee aun en su interior la verdadera caridad. Amemos, por tanto, y no enjuiciemos a los servidores de Dios. En general, debemos amar también a toda criatura racional. A los que no están en gracia amémosles con dolor y amargura por los pecados con que ofenden a Dios y a sus propias almas. Así estarás de acuerdo con el dulce y enamorado Pablo, que llora con los que lloran y goza con los que gozan. De igual manera llorarás con los que se encuentran en estado de llanto, por deseo del honor de Dios y de su salvación, y te alegrarás con los servidores de Dios, que se alegran al gustar de Dios por afecto de amor.

Ves, pues, que en la caridad de Dios concebimos las virtudes y que en la del prójimo salen a la luz. Así, amando al prójimo en realidad, sin ningún amor o fingido corazón, con amor voluntario, sin mirar la propia utilidad espiritual o temporal, serás verdadera sierva, corresponderás por medio del prójimo al amor que te lleva a tu Creador, y a tu esposo le serás fiel y no infiel. La esposa falta a la fidelidad cuando da a otra criatura el amor que le debe. Tú eres esposa. Ves que el Hijo de Dios se desposó con nosotros por la Circuncisión, cuando fue cortada su carne, dándonos una extremidad del anillo en prueba de que se quería desposar con la naturaleza humana. Tú, considerando amor tan inefable, debes amarle sin intermediario que se halle fuera de Dios. Así te haces servidora del prójimo en todo, según tus posibilidades. Igual que eres esposa de Cristo, debes ser sierva del prójimo. Si eres esposa fiel, ya que el amor que le tenemos no puede serle

de provecho a El, debemos, como queda dicho, servir al prójimo con verdadero y cordial amor. No podemos obrar de otra manera. Por eso te dije que deseaba verte sierva y esposa de Jesucristo crucificado. Permanece en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

MODO DE LLEGAR A LA PERFECCION

A Fray Jerónimo de Siena.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, amadísimo y carísimo padre e hijo en Cristo Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Dios, os escribo en su preciosa sangre. Recordando las palabras de nuestro Salvador que dijo a sus discípulos: «Con deseo he deseado celebrar esta pascua con vosotros antes de que muera», os digo yo lo mismo, Fray Jerónimo, padre e hijo. Si me preguntaseis qué pascua deseo celebrar con vos, os respondería que no otra que la del Cordero inmaculado, o sea, la misma que El hizo de Sí mismo a los dulces discípulos. ¡Oh dulce Cordero, asado en el fuego de la divina caridad, en la estaca de la cruz! ¡Oh suave manjar lleno de gozo, alegría y consuelo! En Ti no falta detalle, porque te has hecho mesa, alimento y camarero del alma que te sirve de verdad. Consideremos, por tanto, que el Padre nos es mesa y lecho en que el alma puede reposar y que el Verbo de su Hijo unigénito se te ha dado en comida con tan ardiente amor. ¿Quién te trae la comida? El camarero, el Espíritu Santo, que por el desmedido amor que nos tiene no está contento con que nos sirva otro, sino que El mismo quiere ser nuestro servidor.

Esta es la pascua que el alma quiere celebrar junto a vos antes de que muera, porque, terminada la vida, no lo

podemos hacer. Sabed, hijo mío, que a esta mesa debemos ir desvestidos y vestidos. Desvestidos, digo, de todo amor propio o agrado por lo mundano; de negligencia, tristeza turbación de espíritu, porque la tristeza desorbitada reseca al alma. Debemos ir vestidos de la ardentísima caridad. No la podemos conseguir si el alma no abre los ojos del entendimiento de sí mismo, de modo que comprenda que de por sí no existe y que somos actores de la nada (el pecado), y sin reconocer en nosotros la infinita bondad de Dios. Porque cuando el alma contempla a su Creador y su Bondad tan infinita, no puede menos de amar. El amor lo viste inmediatamente de las verdades y reales virtudes y preferiría la muerte a hacer algo contrario a quien ama; más bien busca con solicitud lo que cause placer al amado. Por eso enseguida ama lo que él ama y odio lo que él odia, ya que por amor se ha convertido en «otro El».

Este es el amor que rechaza toda negligencia, ignorancia y tristeza. Como la memoria se dedica a celebrar fiesta con el Padre, reteniendo los beneficios de Dios; el entendimiento lo hace con el Hijo, por lo cual, con sabiduría, luz y conocimiento, conoce y ama la voluntad de Dios, eleva súbitamente el amor y su deseo y se convierte en amador de la suma y eterna bondad, a la vez que no puede ni quiere amar ni desear sino a Cristo crucificado. Nada le deleita más que sobrellevar oprobios y sufrimientos, y tanto le agrada y complace que desconfía de cualquier otra cosa. Considera como gloria sufrir por Cristo penas, escarnios y persecuciones del mundo y del demonio.

Por tanto, encended, encended el fuego del deseo santo y contemplad al Cordero degollado en el madero de la santísima cruz. De otro modo no podremos comer en esta dulce y venerable mesa. Haced que en la celda de vuestra alma esté siempre plantado y de pie el venerable árbol de la santísima cruz, porque en él recogereis el fruto de la verdadera paciencia y de la profunda humildad, morirá en vos todo placer y amor propio y adquirireis el hambre

de comer y gustar las almas viendo que Cristo se ha humillado y entregado a sí mismo a la afrentosa muerte de cruz, como alocado, ebrio y enamorado de nosotros, por hambre de nuestra salvación y del honor del Padre. Esta es la pascua que deseo celebrar con vos.

Hemos dicho que debemos ser comedores y gustadores de almas. Esto lo desea mi alma ver en vos, pues sois abanderado de la palabra de Dios. Quiero, pues, que seais un vaso de elección, lleno de fuego de su ardentísima caridad, para que lleveis el dulce nombre de Jesús y sembreis la palabra de Cristo en el campo del alma. Os invito y quiero que, recogiendo la semilla, a saber, produciendo fruto en las criaturas, las volvais a poner bajo la influencia del Padre eterno y así le deis el honor y la gloria y perdais la complacencia en vos mismo. De otro modo seremos ladrones, robaremos lo que pertenece a Dios y nos lo atribuiremos a nosotros. Creo que, por la gracia de Dios, esto no tiene que ver con nosotros, pues me parece estar segura de que la intención principal y primera es sólo por amor a Dios y salvación de las criaturas.

Muchas veces, sin embargo, experimentamos algún placer en la criatura. Como deseo que seais perfecto y deis a Dios frutos de perfección, no quiero que ameis a criatura alguna, ni en común ni en particular, sino solamente en Dios. Entended el modo que digo. Yo bien se que amais espiritualmente en Dios, pero alguna vez, o por poca advertencia o porque el hombre posee una naturaleza como la teneis vos, que lo inclina, ama espiritualmente y en el amor se complace y deleita de modo que alguna vez los sentidos toman parte en el deleite con el pretexto de ser algo espiritual. Si me preguntais, «¿cómo me puedo cerciorar de que esto sea una imperfección?», os respondo: cuando veais que la persona amada os falta en algo, o sea, que no actúa como de costumbre, u os parece que ama a otro más que a vos, si entonces sentís pena y desagrado porque disminuye el amor que antes os tenía, tened por seguro que el amor era aún imperfecto. ¿Cómo, pues, convertirlo en perfecto? No os digo otro

modo, carísimo hermano, que el que una vez expuso la primera Verdad a una sierva suya (ella misma), diciendo: «Hija mía carísima, no quiero que hagas como el que saca de la fuente la vasija llena y bebe después de haberla sacado y así queda vacía y no se da cuenta. Quiero que, llenando el vaso de tu alma, haciéndote una cosa por amor y afecto con el que amas por amor a mí, no te apartes de Mí, fuente de agua viva, sino que haciendo una cosa con lo que amas por Mí, no lo saques fuera de Mí, como vasija de agua, y de este modo no quedará vacía, ni en ti ni en aquella persona que amas, sino que siempre estareis llenos de la gracia divina y del fuego ardentísimo de la caridad. Así no os vendrá desagrado ni disgusto alguno porque el que ama vea que el otro lo hace de modo distinto, o porque el trato es menos frecuente; no siente pena aflictiva si advierte y se da cuenta de que aquél vive las verdaderas y reales virtudes, ya que lo ama por Dios y no por sí mismo. Con todo, sentireis una cierta compasión cuando veais que se aleja de lo que ama». Esta es, pues, la regla y modo que quiero que sigais para llegar a la perfección. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

RELACION ENTRE EL AMOR A DIOS Y EL AMOR AL PROJIMO

A la Señora Inés, esposa que fue de Micer Orso Malavolti.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hija en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros ligada con el lazo

de la caridad divina. Este lazo tiene sujeto y clavado a Dios-hombre en el madero de la santísima cruz, porque los garfios no serían suficientes para sostenerlo, si el amor no lo hubiera hecho. Esta es aquella dulce ligadura que une al alma con Dios y la hace una cosa con El, porque el amor une. ¡Oh dulce y amoroso amor, que purificas al alma, disipas la nube de la propia pasión sensible, iluminas el ojo de entendimiento escrutando la eterna Verdad, y llenas la memoria con las gracias y dones que recibe de su Creador! Por eso el alma se hace agradecida, reconocedora de los beneficios y es saciada con dulce y amoroso deseo. Así decía el santo Profeta: «Los suspiros son mi alimento, y las lágrimas mi bebida». ¿Qué le hacía suspirar y llorar? El amor, esta dulce y suave ligadura. Por tanto, carísima hija, ya que es tan dulce, deleitoso y necesario,no es para dormir sino para levantarse con santo y verdadero deseo y solicitud y buscarlo valientemente.

Si me preguntáseis: «¿dónde lo puedo encontrar?», os respondería: en la casa del conocimiento de vos misma, donde descubrireis el amor inefable que Dios os tiene. El os creó por amor a su imagen y semejanza y por amor os volvió a crear para la gracia por la sangre de su unigénito Hijo. Encontrado el amor, y sabiendo que lo hallareis en vos misma, no podreis sino amarlo. La señal de haberlo encontrado será el que os ligueis a vuestro prójimo con el lazo de la caridad, amándolo y sirviéndole caritativamente, porque el bien y provecho que no podemos hacer a Dios debemos hacerlo a nuestro prójimo, sufriendo con paciencia cualquier trabajo que de él recibamos. Esta es la señal de que en verdad amamos a nuestro Creador y de que nos hallamos ligados con esta dulce atadura. De otro modo no participaremos de la gracia ni podremos alcanzar el fin para el que fuimos creados. Por eso os dije que deseaba veros ligada con el lazo de la caridad divina. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor de Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

CONSEJOS PARA EL GOBIERNO DE LA ORDEN

Al Venerable Don Guillermo, Prior General de la Cartuja.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo y reverendo padre en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros bañado y sumergido en la sangre del Hijo de Dios. Creo que la memoria, cuando se llena con la sangre de Cristo crucificado, se dedica inmediatamente a meditar en El. Donde se encuentra la sangre se advierte el fuego de la divina caridad, amor inestimable, mezclado y hecho una masa con ella, derramada y dada por nosotros. La voluntad sigue bien pronto al entendimiento, amando y deseando lo que éste ha visto, y por eso levanta inmediatamente su afecto y amor al amor de Cristo crucificado, que se encuentra en la sangre, como queda dicho. Entonces el alma se sumerge en ella, o sea, ahoga y mata toda la perversa voluntad sensitiva que frecuentemente se rebela contra su Creador, echa de sí todo amor propio y se viste de la eterna voluntad de Dios que el alma ha gustado y descubierto en la sangre. Esta le enseña que Dios no quiere sino su santificación, porque si hubiera querido otra cosa no nos habría dado al Verbo de su unigénito Hijo.

Por esto, considera que lo que Dios permite que suceda al hombre durante la vida no tiene otra finalidad. Ve que todo lo que tiene ser procede de Dios y de ahí que por tribulaciones, tentaciones, injurias, tormentos, bajezas u otra cosa cualquiera, no se pueda turbar, ni lo quiere, sino que está atenta y las tiene reverencia considerando que vienen de Dios, dadas para hacernos bien, por amor y no por odio. Por lo tanto no puede ni debe quejarse, porque se lamentaría de su propio bien. No es cos-

tumbre del alma vestida de la dulce voluntad de Dios quejarse de lo que pudiera sobrevenir, excepto de las ofensas a Dios. De éstas se duele y debe doler viendo que son contra la voluntad de Dios. El pecado es digno de odio, por no ser de Dios, y por ello es la nada. Todo lo que tiene existencia procede de El y así, el alma enamorada de Cristo, lo ama y tiene en reverencia. Esta alma no se ve a sí misma como si fuera algo, sino como algo de Dios, y a El le considera como Dios, como suma y eterna Bondad, digno de ser amado. Al prójimo lo ve a través de Dios y no por propia utilidad. No elige ni el tiempo ni la ocasión a su modo, ni el sufrimiento ni el consuelo, sino que lo que plazca a la divina Bondad lo recibe con afecto de amor. Encuentra deleite en todo, porque el que ama no puede sentir pena aflictiva.

Se goza en los combates, se alegra si es perseguida por el mundo. Si es súbdito, lleva con gran alegría y paciencia el yugo de la obediencia. Si es prelado, soporta y sufre los defectos de sus súbditos, o sea, toda persecución que reciba o ingratitud que encuentre en ellos. Como buen hortelano, está presto a morir por desarraigar las espinas de los vicios y plantar las virtudes en sus almas, haciendo a la vez verdadera justicia y misericordia. No se preocupa de los sufrimientos propios ni rehusa esfuerzo, sino que todo lo lleva con alegría. No quiere perder el tiempo que tiene por aquello que no tiene, ya que algunas veces le vienen al corazón pensamientos y luchas que turban.

«Si no tuviese la angustia y trabajos del cargo podrías tener mejor a Dios en la paz y quietud». Esto se lo pone el demonio en la imaginación en tiempo de paz, para mantenerlo en continua guerra. El que no pone en paz su voluntad en el cargo en que Dios le ha colocado, está continuamente sufriendo, se hace insoportable a sí mismo y así pierde el tiempo en uno y otro caso, pues no emplea bien el de su prelacía y tampoco tiene el tiempo de paz, abandonando de ese modo el presente y el porvenir. No hay, pues, que creer a la astucia del demonio, sino tomar en serio el cargo, como lo hace el alma vestida de la men-

cionada voluntad de Dios, que la hace navegar en todo tiempo, sea en el de los trabajos o en el de los consuelos, pues se ha despojado del amor propio y de toda blandura y pasión sensitiva, de la que procede todo mal y todo sufrimiento. El temer lo que el hombre no desea es origen de sufrimiento. Vestido de la eterna Voluntad y no de la suya, se ha hecho una cosa con El. Por afecto de amor se ha hecho intérprete de su voluntad viendo, juzgando y creyendo que no quiere sino nuestra santificación. Nos creó a su imagen y semejanza para que fuésemos santificados en El, gozando y gustando la eterna visión, habiendo visto y conocido con el entendimiento en la sangre de Cristo crucificado que ese fue el modo de manifestárnoslo la Verdad del Padre eterno. ¡Oh gloriosa sangre que das vida, que has hecho visible lo invisible! Nos has mostrado la divina misericordia purificando el pecado de la desobediencia por medio de la obediencia del Verbo, de quien ha salido la sangre.

¡Arriba, por amor a Cristo! Purificaos, bañaos en la sangre y permaneced en continua vigilia y oración, carísimo padre, velando con el ojo del entendimiento. El mirará por sus súbditos a causa del hambre y solicitud del honor de Dios y la salud de las almas. De este modo hareis la continua oración, es decir, el santo deseo. Esto os es necesario para conservar la salud espiritual en el puesto en que os hallais. Ya que Dios os ha puesto en el cargo de prelado, no debeis ser negligente ni tímido ni, como ignorante, andar con los ojos cerrados. Por eso os pido que tengais hambre, aprendiendo del Cordero degollado y muerto por Vos, el cual corrió a la afrentosa muerte de cruz con tanto deleite y hambre del honor del Padre y de nuestra salvación. Teneis materia, pues Dios os ha representado y puesto delante al Verbo, a su Hijo unigénito y a la sangre, para quitaros todo temor, negligencia y ceguera por ignorancia. Si decís, «yo soy ignorante y no me conozco bien, ni siquiera lo que debo hacer por los súbditos», os respondo que, teniendo hambre del honor de Dios, lo que vos por vos mismo no teneis, lo obrará El en

vos en cuanto sea necesario para su salvación.

Tened, por tanto, hambre y deseo. Yo no veo cómo se pueda tener esta hambre sin que medie la sangre. Por eso os dije que deseaba veros purificado y sumergido en la sangre de Cristo crucificado. En la sangre se pierde el amor a la propia vida, amor perverso que el hombre se tiene a sí mismo. Ese amor no deja hacer justicia por temor a perder el cargo, por condescender y por agradar más a los hombres que a Dios; no deja obrar en buena conciencia por el agrado y pareceres humanos, que es lo que ha echado y echa a perder la Orden, como es no corregir y hacer a los prelados tan imperfectos que no saben discernir. El mal prelado echa a perder a los súbditos igual que el bueno los restaura. Esto viene del amor a sí mismo, del amor propio, el cual se pierde por la sangre de Cristo, por la que se adquiere otro amor inefable al ver que por amor ha dado la vida para rescatar al hijo adoptivo, al género humano. Viendo tan gran amor, de él saca amor y eleva su afecto y deseo de amar lo que Dios ama y de odiar lo que El odia. Como ve que El ama extremadamente a la criatura racional, de ahí que nazca en el alma el amor a la salvación de las almas, tanto que parece imposible que sea saciado. Odia los vicios y pecados, porque nada tienen que ver con Dios, y para honra de Dios ama en el prójimo la virtud. Por eso renuncia a la negligencia, se hace solícito, pierde el amor a su cuerpo y se quiere entregar a mil muertes, si esto fuera necesario. Abandona la ceguera y recupera la luz por haber desaparecido la nube del amor propio, siendo reemplazada por el sol del amor divino de la ardentísima caridad que ha borrado toda ignorancia. Todo esto lo ha sacado de la sangre.

¡Oh sangre gloriosa y preciosa del humilde e inmaculado Cordero! Entonces, ¿quién será tan ignorante y duro que no tome el vaso de su corazón y no vaya con amor al costado de Cristo crucificado que tiene y derrama abundancia de sangre? En el interior encontramos a Dios, esto es, la naturaleza divina unida a la humana; descubrimos el fuego del amor que, por la abertura del costado, nos

manifiesta los secretos del corazón, mostrando con aquellos sufrimientos temporales que no habrá comparación entre el sufrimiento finito y el infinito. No tardemos, pues, carísimo padre, sino sed solícito en castigar los defectos en este tiempo que Dios os ha reservado, y especialmente ahora que viene el tiempo del Capítulo, donde se ven todos los defectos. Castigad, para que el miembro corrompido y perdido no eche a perder al sano. Haced justicia, pero siempre con misericordia. No os determineis a ello con ligereza sino inquirid e investigad la verdad por medio de personas discretas y de buena conciencia. Lo que hayais de llevar a cabo, hacedlo siempre con consejo divino, es decir, por medio de la santa oración y, después, con consejo humano, que es también divino, de los buenos y queridos servidores de Dios. Vedlos siempre bajo el prisma de la observancia. Sobre todo os suplico que cuideis de instituir buenos priores, personas virtuosas y aptas para gobernar, pues hay muchos que en sí mismos son buenos y no lo son para gobernar y así echan a perder a las Ordenes religiosas. Del otro modo, se restauran. Cuando encontreis que son buenos, mantenedlos. ¡Nada de temor, por Cristo crucificado! Estoy cierta de que si os bañais en su sangre por afecto y amor y sumergís en ella toda voluntad propia, sacrificándola a la de Dios, que encontrareis en la misma sangre, hareis esto y cuanto se necesite por vos y por ellos.

No digo más. Perdonad mi ignorancia. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

LA MEDITACION SOBRE LA SANGRE DE CRISTO

A Fray Simón de Cortona.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros bañado y anegado en la sangre del Cordero, a fin de que, como ebrio, de la luz de la fe santísima y del amor inefable, corrais al campo de batalla a combatir como valiente caballero contra los demonios, contra el mundo y contra la propia fragilidad, deleitándoos en el combate. Sin embargo, sabed que no podremos combatir ni conseguir la victoria si no tuviésemos la luz de la santísima fe. Tampoco ésta la poseeríamos si del ojo de nuestro entendimiento no fuese sacada la tierra de todo afecto terreno y disipada la nube del amor propio, del amor a nosotros mismos. El es la catarata que nos priva de la luz espiritual y temporal en todo: de la temporal, porque no nos deja conocer nuestra fragilidad y la poca firmeza y estabilidad del mundo, cuán vana y caduca es este vida, ni las estratagemas del demonio, que veladamente nos engaña con las cosas transitorias, muchas veces bajo pretexto de virtud; de la espiritual, porque esta ceguera no nos deja conocer ni discernir la bondad de Dios, antes bien lo que El nos da para nuestro bien lo aplicamos a todo lo contrario. Esto ocurre porque en los designios de Dios no consideramos su afecto ni el amor con que nos da. Como ciegos, no tomamos más que lo que está a nuestro alcance.

Permite algunas veces Dios que seamos perseguidos por el mundo, que las criaturas nos injurien o que el prelado nos imponga una obediencia (molesta). No consideramos que la voluntad de Dios lo hace para nuestra santificación y lo permite en nosotros por amor. Atendemos a la voluntad de los hombres y de ahí que muchas veces lleguemos al descontento con el prójimo y que cometamos muchos pecados e ignorancias contra Dios y nuestro prójimo. ¿Cuál es la causa? La poca luz. El amor propio ha tapado la pupila del ojo de la santísima fe. Por lo cual, si ese amor propio está en las molestias que el demonio nos proporciona y la ceguera permanece en nuestro ojo, nos viene el engaño cuando por alucinación del demonio lle-

gan al corazón las tentaciones y los pensamientos. Entonces nos creemos reprobados por Dios. De ahí pasaremos a la turbación de espíritu, por lo que abandonaremos el ejercicio de la oración, pareciéndonos que no es acepta a Dios. Viene después el tedio, y nos haremos inaguantables a nosotros mismos, el obedecer nos resultará pesado y nos alejaremos de la celda y deleitaremos en el trato (con los hombres). Todo esto y muchos otros inconvenientes surgen por no haber echado por tierra la nube del amor propio espiritual y temporal, y así no conoceremos la verdad ni nos gozaremos en la cruz de Cristo crucificado. De este modo no seremos caballeros valientes para combatir contra los enemigos por causa de Cristo crucificado, sino tímidos, y hasta la propia sombra nos dará miedo.

Entonces, ¿qué necesitamos? La sangre. En la de Cristo hallaremos la confianza firme de que nos librará de todo temor servil y encontraremos la fe viva, comprobando que Dios no quiere otra cosa que nuestro bien. Por eso nos dio al Verbo, a su unigénito Hijo, y éste su vida para darnos la vida. Con su sangre nos preparó un baño para lavar la lepra de nuestras maldades. Así, pues, el alma conoce y sostiene con fe viva que Dios no permitirá a los demonios que nos molesten más de lo que podamos soportar, que el mundo nos atribuye más de lo que somos capaces de sufrir, ni que el prelado nos imponga cargas mayores que las que podamos llevar.

Con esta dulce y gloriosa luz no caereis en el tedio ni turbación por combate alguno, no os alejareis de la celda ni correreis al trato con las criaturas, sino que abrazareis la cruz y no echareis a tierra las armas de la oración ni otras prácticas espirituales. Más bien, humillados a vuestro Creador, ofrecereis continuas y humildes oraciones y, en el tiempo del combate como en el de la quietud, y en cualquier tiempo, no dareis pasos más cortos sino que con solicitud, sin negligencia ni turbación, servireis a Dios y cumplireis de veras con (las observancias de) la Orden.

¿Cuál es la razón de ello? La luz de la santísima fe que encontrásteis en la sangre. ¿Cuál es el origen de la luz? El amor de la ardiente caridad que descubrísteis en la sangre, ya que este dulce y amoroso Verbo corrió por amor a la afrentosa muerte de cruz. El calor divino amor que hallásteis en la sangre destruyó y consumió las cataratas del amor propio que oscurecían tanto el ojo que no podía ver. Ahora ve, viendo ama, y amando teme a Dios y sirve a su prójimo. Por lo cual se convierte entonces en valeroso caballero que combate con el escudo de la fe y las armas de la caridad. Esta es un cuchillo de dos filos, es decir, de odio y amor: amor a las virtudes y odio al pecado y a la propia pasión de los sentidos. Se deleita, como enamorado, en la cruz, en adquirir las virtudes por el sufrimiento, buscando con afecto de amor de Dios y la salvación de las almas. ¿Dónde ha encontrado este santo deseo? En la sangre. De otro modo no la podreis hallar.

Por eso os dije que deseaba veros bañado y sumergido en la sangre de Cristo crucificado, y así os digo que recupereis el nombre de hijo, al que volveré a encontrar. Por tanto, bañaos y sumergíos en la sangre, sin tedio ni turbación. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

LA VIDA RELIGIOSA Y LOS TRES VOTOS

Al Convento de Monjes de Pasignano.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimos hermanos e hijos en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, esclava y sierva de los siervos de Dios, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros flores fragantes, plantadas en el jardín de la santa Orden, y no

flores pestilentes. Sabed, hijos carísimos, que el religioso que no vive con virtuosas costumbres según su santa Orden, sino lascivamente y con apetito desordenado, con impaciencia en los trabajos de la Orden o con desordenada alegría en los deleites y placeres del mundo, con soberbia y vanidad (de ellos nace la deshonestidad de espíritu y de cuerpo) o con el apetito de honores, posición social y riquezas del mundo (que son la muerte del alma y la turbación de los religiosos), ese tal es flor pestilente y apesta a Dios, a los ángeles y a los hombres. Ese es digno de ser confundido; por su pie camina a la muerte eterna. Se empobrece deseando las riquezas, se hace vituperable queriendo los honores, se odia al buscar el deleite sensible y el amor sin tener en cuenta a Dios y, queriendo saciarse de deleites y placeres del mundo, se queda con hambre y con ella muere. Las cosas creadas, todos los deleites y placeres del mundo son incapaces de saciar al alma, porque las cosas creadas son hechas para la criatura racional y ésta para Dios; de modo que las cosas creadas sensibles no pueden saciar al hombre por ser menos que él. Sólo Dios, que es Creador y Hacedor de todo lo creado, es el que nos puede saciar. Bien entendeis, pues, que ése muere de hambre.

No ocurre esto con las flores olorosas, que son los verdaderos religiosos, observantes y no transgresores de (la disciplina de) la Orden, pues prefieren la muerte a quebrantarla, de modo especial el voto que hace en la profesión al prometer obediencia, pobreza voluntaria y continencia de espíritu y de cuerpo. Digo, hijos, que los verdaderos religiosos como vosotros debeis ser, observan la regla de la Orden, jamás quieren faltar a su obediencia ni a la del prelado. Desean obedecer siempre y no andan analizando la voluntad de quien lo manda, sino que lo hacen con sencillez. La señal cierta de la obediencia es la verdadera humildad, porque el humilde es obediente siempre y el obediente siempre humilde. Lo es porque ha arrojado de sí la voluntad perversa que hace al hombre soberbio. Lo es porque ha renunciado por amor a la voluntad pro-

pia, la ha sofocado y le ha quitado el yugo que tenía sobre sí, es decir, que rompe con la rebelión de la parte sensitiva siempre dispuesta a sublevarse contra su Creador, a saber, se ha sometido voluntariamente a su voluntad y al yugo de la obediencia. El humilde ha despreciado así la riqueza, de la que nace la soberbia a través de la voluntad propia, cuando él desea la verdadera y santa pobreza. Ve que la pobreza voluntaria enriquece al alma y la libra de la esclavitud, la hace benigna y afable, le quita la vana confianza en las cosas transitorias y le da fe viva y verdadera esperanza. En virtud de Cristo crucificado, y no por sí, confía en su Creador. Todo lo sobrelleva. Bien comprendeis que es maldito el que confía en el hombre. Por eso pone en Dios y en las verdaderas y reales virtudes su confianza y su fe. La virtud es la riqueza de las almas, el honor, el gozo, la quietud y la consolidación perfecta. Así, el verdadero religioso busca adornar la casa de su alma y, en todo lo que puede, desprecia lo que es contrario a la virtud y ama lo que le ayuda a conseguirla. Por ello quiere tanto los sufrimientos, injurias, escarnios y villanías, comprendiendo perfectamente que estas cosas son las que prueban al hombre y le conducen a la virtud. Ved, pues, cómo por la verdadera riqueza desprecia la que es vana y cómo busca la pobreza y la hace su esposa por amor a Cristo crucificado, cuya vida no fue sino de pobreza: naciendo, viviendo y muriendo no tuvo donde reclinar su cabeza. Si bien era Dios, suma y eterna Riqueza, con todo, para enseñarnos a nosotros, desgraciados ignorantes, eligió y amó la pobreza, norma para nosotros.

A ésta sigue de cerca la continencia. El humilde y obediente, que ha despreciado a la riqueza y al mundo con todos sus deleites, se hace amante de la pobreza y de ser tenido por vil, y se goza con la entrega a la celda y a ala santa oración. Ese se vuelve bien pronto continente, de modo que no se ve envuelto en el lodo de la carnalidad corporal sino que su espíritu hallará tedio en ella y se enmendará. Huye de las ocasiones y caminos que le pudieran privar del tesoro de la continencia y de la pureza del

corazón, y extrema y ama lo que la conserva. Como ve que el trato con malos y disolutos le es nocivo, lo mismo que la conversación con mujeres, por eso huye de ellas como de serpientes venenosas.

Emprende y se preocupa de la familiaridad con la santísima cruz y con los servidores de Dios que aman a Cristo crucificado. No se sacia ni cansa de la vigilia y oración, porque ve que es la madre que nos da la leche de la dulzura divina y que ella alimenta a sus pechos a los hijos de la virtud. Por eso se deleita en ella. La oración hace que el alma se una con Dios, la adorna de la pureza y de la perfecta sabiduría del verdadero conocimiento de sí mismo y de la bondad de Dios con ella. En resumen, carísimos hijos, todos los tesoros y deleites que el alma puede tener en esta vida, los encuentra en la santísima oración.

Así, éstos son flores fragantes que despiden aroma ante Dios, ante los ángeles y ante los hombres. Por eso os suplico, por amor a Cristo crucificado, que si hasta hoy habéis sido lo contrario, que pongais fin y término a esto. Obrad como si fuérais novicios que con reverencia grande hace poco habeis entrado a trabajar en la santa Orden. Ya que Dios os ha hecho la gracia de vivir en estado de ángeles, no querais permanecer en estado de hombres, porque en él se encuentran los seglares, que están llamados al estado común. Permaneced en estado perfecto. Si no lo sois, no estareis ni en estado de hombres, sino en uno peor, que es el de las bestias. Animo, hijos, bañaos en la sangre de Cristo crucificado, que dará fortaleza a vuestra alma y vosotros os vereis libres de toda debilidad. Amad la celda, deleitaos en el coro, sed obedientes y huid del trato (con los hombres), dedicaos a la oración y a la vigilia. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

FE Y CONFIANZA EN DIOS

A Sano de Maco en Siena.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Amadísimo y carísimo hermano en Cristo, el dulce Jesús.

Yo, Catalina, sierva y esclava de los servidores de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver en vos la virtud de la santa fe y perseverancia que tuvo la Cananea. Fue tan grande que mereció que el demonio fuera expulsado de su hija. Aún más, queriendo Dios manifestar cuánto le agradaba su fe, la ponderó diciendo: «Que sea de tu hija como tú quieres». ¡Oh gloriosa y excelentísima virtud! Tú eres la que manifiestas cuándo el fuego de la divina caridad se halla en el alma, ya que el hombre no tiene nunca fe ni confianza sino en lo que ama. Estas virtudes vienen una tras otra, porque el amor no existe sin la fe, ni la fe sin la confianza. Son las tres columnas que sostienen el castillo de nuestra alma, de modo que el viento de las tentaciones, las palabras injuriosas, los halagos de las criaturas, el amor terreno, la esposa, los hijos, no lo pueden echar por tierra. En todas estas circunstancias estará fuerte en razón de estas tres columnas. Obremos como la Cananea al ver pasar a Cristo por nuestra alma. En virtud del santo y verdadero deseo volvámonos a El con verdadera contricción y digamos: «Señor, libra a mi hija, esto es, a mi alma, porque el demonio la molesta con muchas tentaciones y pensamientos desordenados». Si perseveramos y tenemos firme voluntad, de modo que no consienta ni se incline a amar cosa alguna no relacionada con Dios, humillándonos y juzgándonos indignos de la paz y quietud, y, si con fe, paciencia y esperanza confiamos en poder sufrirlo todo por Cristo crucificado, diremos con san Pablo: «Lo puedo todo, no por mí, sino por Cristo que está en mí, que me

da fortaleza». Entonces oiremos aquella dulce voz: «Quede sana tu hija, o sea, tu alma, según tú lo quieres».

Aquí se manifiesta la bondad divina, el tesoro dado al alma, sin medida, el del propio y libre albedrío, de modo que ninguna criatura puede obligar a un pecado mortal, si ella no lo quiere. ¡Oh carísimo hijo en Cristo Jesús! Pensad con fe y verdadera perseverancia que hasta el momento de la muerte se nos dicen esas palabras: «Se haga como tú quieras», es decir, «te hago libre de modo que no estés sujeto sino a Mí». ¡Oh inestimable y dulcísimo fuego de amor! Tú muestras y pones de manifiesto la excelencia de la criatura para que preste servicio a la criatura racional, y ésta lo ha sido para que te sirva a Ti.

Pero nosotros, desgraciados miserables, nos dedicamos a amar al mundo con sus vanidades y deleites. Por tal amor pierde el alma la facultad de dominar y se convierte en sierva y esclava del pecado, por lo cual ha tomado al demonio por señor suyo. ¡Qué peligroso es este nuevo dominio! Porque siempre busca y logra la muerte del hombre. Por eso no creo que se deba servir a tal señor. Quiero que seamos de las almas enamoradas de Dios, considerando siempre que somos esclavos rescatados con la sangre del Cordero.

El esclavo no se puede vender a sí mismo, ni servir a otro señor. Estamos comprados no con oro, ni con dulzura de amor, sino con sangre. Revienten nuestros corazones y nuestras almas por causa del amor. Levántense con prontitud para servir y tener al dulce y buen Jesús, mirando que nos ha sacado de prisión y de la esclavitud del demonio, que nos poseía como suyos. El tomó parte en la puja y fue pagador, y rasgó la carta de sumisión. ¿Cuándo entró en la puja? Al hacerse siervo tomando nuestra humanidad. ¡Ay! ¿No nos bastaba que hubiera pagado nuestra deuda? ¿Cuándo se pagó? En el madero de la santísima cruz, al entregar su vida para darnos la vida de la gracia que habíamos perdido. ¡Oh inestimable y dulcísima caridad! Tú has roto el documento que había entre el hombre y el demonio, rasgándolo en el madero de la san-

tísima cruz. El documento (nuevo) no fue hecho por otro que por el Cordero y este es el Cordero inmaculado que nos ha inscrito sobre sí mismo y rompió el (antiguo) documento. Confórtense nuestras almas, puesto que nos hallamos inscritos (en documento nuevo); y el antiguo documento (de esclavitud al demonio) está roto. En adelante no nos puede reclamar nuestro adversario y enemigo.

Corramos, pues, dulcísimo hijo, con santo y verdadero deseo, abrazando las virtudes, con el recuerdo del dulce Cordero degollado con tan ardentísimo amor. No digo más.

Sabed que en esta vida no podemos tener más que las migajas que caen de la mesa, tal como la Cananea pide. Las migajas son la gracia que recibimos y caen de la mesa del Señor. Pero cuando nos hallemos en la vida perdurable, donde gustaremos y veremos a Dios cara a cara, entonces tendremos parte en los manjares de la mesa. Por tanto, no rehuseis los trabajos. Yo os mandaré migas y manjares, como a hijo. Combatid varonilmente. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

COMO SE CONSIGUE LA UNION CON DIOS

A la Señora Bartolomea.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima madre e hija en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros fundada en la verdadera y real virtud, porque sin este medio no podremos agradar a nuestro Creador. Dios ha querido dar siempre

la vida de la gracia por medio de la virtud. Bien sabeis que habiendo caído el primer hombre, Adán, en el pecado por desobediencia, le vino la muerte eterna. Queriendo El devolverle la gracia y darla la vida eterna, tomó por instrumento a su Hijo, mandándole que con su obediencia diera muerte a nuestra desobediencia y que por esa muerte nos devolviese la vida y terminase con la nuestra. Y así ocurrió en realidad, pues celebrando en el madero de la cruz un torneo, este dulce y enamorado Verbo luchó a brazo partido con la muerte y con ella venció la nuestra, de modo que la muerte (de Cristo) dio muerte a la vida (pecado); es decir, que la muerte de nuestro pecado fue la causa de la muerte del Hijo de Dios en el madero de la santísima cruz y por ella nos libró de la muerte (del pecado) y nos devolvió la vida perfecta. Por tanto, la Vida ha quedado por señora, ha vencido al demonio infernal que mantenía y poseía el demonio sobre el hombre, de quien sólo Dios debe ser Señor eterno. Volvemos a la primera muerte, y perdemos la vida que teníamos mediante la sangre de Cristo, cuando el alma se da a servir a los propios sentidos con desordenados deseos de posición social, riquezas, hijos y otras criaturas o de cualquier otro modo que no esté ordenado y fundado en Dios.

A pesar de todo, algunas veces el alma se convertirá espiritualmente en sierva y esclava de la voluntad propia, bajo apariencia de algo espiritual y de servir mejor a Dios, es decir, cuando deseamos consuelos o tribulaciones, tentaciones, tiempo y lugar a nuestro modo, diciendo alguna vez: «quisiera tener la tribulación de otra manera porque de esta manera me parece que pierdo a Dios. Esta la sufriría perfectamente, pero no aquélla. Si no ofendiese a Dios la querría, pero como creo que le ofendo, por eso me quejo de ella». Carísima madre; abrid el entendimiento y vereis que ésta es la voluntad propia sensitiva arropada con un pretexto espiritual. Si se fuese sabio, no ocurriría así sino que con fe viva creería que Dios no permite más de lo que se puede soportar, ni tampoco sin ser nece-

sario para la salvación, porque El es nuestro Dios y no quiere otra cosa que nuestra santificación.

Así actuamos muchas veces con los consuelos espirituales. Si no los sentimos cuando queremos, y en su lugar notamos los combates y molestias, y el espíritu está estéril y seco, nos viene el sufrimiento con amargura, aflicción y grandísimo tedio. El demonio nos hará ver muchas veces con sus estratagemas, que lo que decimos y hacemos no es agradable ni acepto a Dios, como si dijera: «puesto que eso no le agrada por ser tú tan mala, déjalo por ahora; otra vez, quizás, lo veas mejor y podrás hacer tu oración». Esto lo hace el demonio para que perdamos la práctica material y espiritual de la santa oración vocal y mental. Porque, si perdemos las armas con que el servidor de Dios se defiende de los golpes del demonio, de la carne y del mundo, conseguirá de nosotros lo que quiera, someterá a él la ciudad del alma, y entrará en ella como señor. Por haber perdido las armas y la fuerza de la oración no podrá ocurrir sino eso. Ella hace que nos conozcamos a nosotros mismos perfectamente y también a nuestra propia debilidad y la infinita caridad y bondad de Dios. Ambas cosas se conocen mejor en el tiempo de los combates, cuando el espíritu se encuentra árido. De ahí deduce la perfecta humildad y solicitud. Por lo cual el alma prudente y no esclava de la propia voluntad, bajo pretexto de consuelo, si no cree al demonio, sino que, por el contrario, con valentía y odio santo a sí misma persevera en la oración, aprovecha más por la amargura y sufrimientos (de la manera que Dios los dé) que por la dulzura misma. Porque en la necesidad, conociendo que por sí nada puede, corre con toda humildad y verdadera solicitud a su bienhechor y confía sólo en Dios que puede y quiere venir en su ayuda.

Por tanto, para llegar a la verdadera virtud, hay que sufrir con verdadera paciencia las tribulaciones del espíritu, esto es, las que nos proporcionen las criaturas con infamias y otras turbaciones, ya que sólo por este medio llegaremos a la virtud probada, que no podrá ser concebida

en el solo deseo. Estos son los medios que nos obligan a demostrar la virtud, ya que ésta es contrastada por los sufrimientos, al modo como el oro se prueba en el fuego. Si en ellos no se hubiere dado verdadera prueba de paciencia, sino que se los esquivase del modo ya dicho, o por alguna circunstancia que sobreviniese, sería señal manifiesta de que no servía a su Creador y no se dejaba dominar por El, recibiendo con humildad lo que Dios da. Tampoco mostraría señal de fe, a saber, de que creía ser amado por el Señor. Si de veras lo creyese, no se podría turbar por nada sino que le sería de igual peso y tendría en gran reverencia a la mano de Dios tanto en la adversidad como en la prosperidad y consuelo, porque advertiría que todo estaba hecho con amor. No lo ve, y con ello demuestra que se ha hecho esclava de los propios sentidos y de la voluntad espiritual (sensitiva), venga de donde venga, y los ha constituido en señor suyo, como arriba se ha dicho, puesto que se deja dominar por ellos. Es, pues, necesario escapar de esa esclavitud porque nos da la muerte (o sea, la esclavitud del mundo y de la voluntad espiritual propia), puesto que nos impide la perfección de ser libres servidores de Dios y nos obliga a servirles más bien según nuestra voluntad que en conformidad con la de El, lo que es indecoroso y convierte ese servicio en algo que es mercenario. Digo, pues (ya que se sigue tanto mal y Dios quiere hacerlo todo con medida) que debemos seguir el camino de la doctrina que El nos ha propuesto.

Bien claro está que no hemos sido creados por nosotros, sino que fue voluntad de Dios, mediando su caridad. Por puro amor nos creó a su imagen y semejanza para que participásemos y gozásemos de su eterna visión, pero la perdimos por el pecado de nuestro primer padre y por el amor propio. Por eso, para devolver al hombre lo que había perdido, nos dio a su Hijo como intermediario, haciendo de mediador para poner en paz al hombre con Dios. Ese mediador recibió los golpes, ya que esta paz no se podía hacer de otro modo: ¡tan grande era esta guerra! Como el ofendido era Dios infinito y el ofensor era el

hombre, que era finito, por ningún sufrimiento que el hombre hubiera padecido hubiera podido dar satisfacción al infinito y dulce Dios. La profunda y ardiente caridad divina encontró el modo de establecer esta paz. Para satisfacer a la justicia, la eterna deidad, la naturaleza divina, se unió con nuestra naturaleza humana. Unido Dios infinito con la naturaleza humana finita, Cristo-hombre fue capaz de satisfacer a su Padre y aplacar en el madero de la cruz la ira divina que amenazaba al hombre, haciéndole misericordia. A la vez ha contentado a la misericordia divina, nos ha devuelto la gracia perdida, y ha contentado igualmente a la justicia que requería que la culpa fuera castigada. Esto lo ha realizado El en el cuerpo de aquella misma naturaleza que había ofendido, porque la carne de Cristo era de la misma masa de Adán.

Nosotros, sin embargo, ingratos e ignorantes, perdemos muchas veces la gracia a causa de nuestros pecados y entramos en guerra con Dios: unas veces es guerra a muerte; otras, desdén para el amigo. Hay guerra a muerte cuando el alma yace en la muerte del pecado mortal, haciendo un dios del mundo, de la carne y de los desventurados deleites. Así ha errado el camino totalmente. Sin embargo, por la confesión, a causa de la sangre de Cristo, la puede recuperar mientras vive. Veis, por tanto, que sin ese medio no se puede vivir en gracia ni alcanzar la vida perdurable. Desdén para el amigo lo tienen los que sin pecado mortal sirven a Dios y quieren ser sus verdaderos servidores; pero muchas veces la ignorancia se ha convertido en señora (procede de la voluntad propia espiritual). Esta lo aleja de la verdad, para que no se alimente de ella, y empuja al alma al pecado mortal. Ofende a la perfección, a la que en realidad desearía llegar, al elegir el tiempo, el lugar, los consuelos, las tribulaciones y las tentaciones a su modo. Dios recibe entonces ofensa de esa alma amiga, porque no le parece que pueda caminar ni camine con la libertad pura con que debe obrar. Para ello nos ha dado un remedio, y nos pide que lo pongamos en práctica con buena voluntad, y es que desaparezca ese desdén y

descontento y no nos impida nuestro camino hacia la dulce perfección, es decir, que sofoquemos nuestra propia voluntad y no queramos otra cosa que a Cristo crucificado y que ponga todo su deleite en los oprobios de Cristo, haciendo que con verdadera humildad nazcan las virtudes concebidas por el santo deseo.

Así, pues, estaremos fundados en la verdadera virtud, si sufrimos las penas y los trabajos con verdadera y santa paciencia. También tendremos la fortaleza y el conocimiento de mayores, y no de niños que quieren caminar y actuar a su capricho. No veo que podamos llevar otro camino. Por eso os dije que deseaba veros fundada en la verdadera virtud y, queriendo que nuestra alma esté unida a Dios, dije que no se podía lograr sino mediante la virtud, puesto que así debe hacerse todo, como queda dicho. Estoy segura de que, por la infinita bondad de Dios, cumplireis su voluntad y mi deseo. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

SOBRE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA

A Romano Lanaiuolo en la Compañía de Bigallo, en Florencia.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los servidores de Jesucristo, te escribo en su preciosa sangre con el deseo de que no quieras volver la mirada atrás sino de verte perseverante en la virtud, porque sabes que la perseverancia es la que será coronada.

Estás llamado e invitado por Cristo a las bodas de la

vida eterna, pero a ellas no se debe acudir sin vestiduras. Hay que estar vestido de la vestidura nupcial para no ser expulsado de ellas, como ocurrió al mal criado. Creo que la primera y dulce Verdad te ha invitado a las bodas y a que adquieras la vestidura. Invitación a ello son las santas y buenas inspiraciones y los dulces deseos concedidos por la clemencia del Espíritu Santo; son los pensamientos que te obligan a huir del vicio, a despreciar al mundo con todos sus deleites, y que te hacen conseguir las verdaderas y reales virtudes. Por ello comprendes que las santas inspiraciones de Dios te traen el vestido de la virtud, te lo hacen amar (por eso lo vistes) y te llaman a las bodas de la vida eterna. Porque a la vestidura de la virtud y de la ardentísima caridad sigue la gracia y a ésta la visión de Dios, donde se encuentra nuestra felicidad.

Por eso te ruego, por amor a Cristo crucificado, que respondas con valentía, sin negligencia. Piensa que comenzar y poner la mano en el arado no es nada, como se ha dicho. Los santos pensamientos son los que comienzan a arar, y termina de hacerlo la perseverancia en la virtud. El que ara voltea la tierra; de igual modo, es Espíritu Santo da vuelta a la tierra de la perversa voluntad sensitiva.

Muchas veces el hombre, enamorado de tan dulce invitación y verdadera vestidura, busca una reja bien afilada para penetrar mejor y poder revolverla bien. El comprende y experimenta que nada hay tan perfecto para roturar y desenraizar la voluntad propia como el hierro y el yugo de la santa obediencia. En cuanto ha dado con ella, aprende del Verbo, el Hijo de Dios, y por amor a El quiere ser obediente hasta la muerte. No pone resistencia alguna. Como sabio, obra y quiere remar con los brazos de otro, es decir, con los ajenos, los de la Orden, y no con los suyos.

Recuerdo que te separaste de mí con el santo deseo y propósito de responder a Dios que te llamaba, y el de querer permanecer en la santa obediencia. No sé cómo lo haces. Te ruego que lo que no hayas llevado a cabo, lo

cumplas bien, diligentemente y con mucho mimo. Aprende a despegarte y a no contar con el tiempo. No lo pierdas, que no es seguro que lo tengas. Gran necedad y locura del hombre es perder lo que tiene por aquello que no tiene. Báñate en la sangre de Cristo crucificado. Refúgiate en su costado, donde verás los secretos de su corazón. La dulce Verdad primera demuestra que su obra se ha realizado en nosotros con amoroso corazón. Correspóndele con tu amor. El es nuestro dulce Dios. No quiere sino nuestro amor. El que ama nunca ofenderá al amado. Animo, hijo mío, no duermas en el sueño de la negligencia. Más bien, vete a tu señor abad con la voluntad (propia) muerta y no viva, pues si vas con ella viva, diré que no pisas tierra, lo cual ni vale para ti ni para él. Espero en la bondad de Dios que seguirás las huellas de Cristo crucificado. No te dediques a desatar los lazos del mundo, sino saca el cuchillo del odio y del amor y corta con decisión. No digo más. Permanece en el santo amor de Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

LA MEDITACION DE LA SANGRE DE CRISTO, MEDIO DE SANTIFICACION

A Sor Constanza, monja del monasterio de San Abundio.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hija en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo y saludo en su preciosa sangre con el deseo de verte purificada y anegada en la preciosa sangre del Hijo de Dios. Pienso que con el recuerdo de la sangre se halla el fuego de la ardentísima caridad y que en ésta no cabe ni tristeza

ni turbación. Por eso quiero que tu afecto se base en la sangre. Embriágate en ella, prende fuego y consume todo tu amor propio, de modo que el fuego de ese amor apague en ti el del temor y el del amor propio, el del amor a ti misma.

¿Por qué se encuentra el fuego en la sangre? Porque fue derramada con ardentísimo amor. ¡Oh gloriosa y preciosa sangre! Para nosotros eres baño y ungüento puesto sobre nuestras heridas. En verdad, hija mía, es baño porque en ella descubres el calor, el agua y el lugar en que se encuentra. Te aseguro que en este glorioso baño hallarás igualmente el calor de la divina caridad, pues la sangre se ha dado por amor. Das con el lugar, es decir, al Dios eterno, donde se halla el Verbo y donde se hallaba desde el principio. En la sangre encuentras el agua, esto es, que de la sangre sale el agua de la gracia. También descubres el muro que impide la visión. ¡Oh inestimable y dulcísima caridad que por velo ha tomado la humanidad que ha ocultado a la suma, eterna y gran Deidad, Dios-hombre! Tan perfecta es esta unión que no puede deshacerse por la muerte ni por cualquier otra razón. Por eso en la sangre se encuentra tanto deleite, refrigerio y consuelo. En ella se halla el fuego de la divina caridad, la virtud de la suma y eterna Deidad. Sabe que la sangre vale en razón de la esencia divina; que si (Cristo) hubiese sido hombre puro, sin ser Dios, no se apreciaría la sangre, y también que, por la unión que Dios hizo con el hombre, fue aceptado el sacrificio de su sangre.

¡Qué gloriosa es esta sangre! Es ungüento perfumado que extingue el hedor de nuestra maldad; la luz que disipa la oscuridad, no sólo la densa, la exterior, la del pecado, sino la procedente de la exagerada turbación, que a veces viene al alma bajo la apariencia de una necia humildad. Se trata de las turbaciones que brotan en el corazón diciendo: «Lo que hagas no será acepto ni agradable a Dios; te hallas en estado de condenación». Poco a poco, una vez llegada la confusión, le indica y manifiesta un falso camino, con pretexto de humildad: «Considera que

no eres digna de muchas gracias y dones a causa de tus pecados». De este modo muchas veces la aparta de la comunión y de otras gracias y prácticas espirituales. Esta es la estratagema y la tiniebla que causa el demonio. Aseguro que si tú, u otra persona, se sumerge en la sangre del Cordero inmaculado, ni ella ni tú tendreis tales pensamientos. Suponiendo que vinieran, no quedarían dentro sino que serían expulsados por la fe viva y por la esperanza puesta en la sangre. Se burla de ellos diciendo: «en virtud de Cristo crucificado todo lo podré, pues en mí está quien me da fortaleza»; y aunque tuviera que ir al infierno no querría abandonar mis prácticas». Sería gran necedad merecer la confusión del infierno antes de tiempo.

Por tanto, levántate con ardoroso amor, carísima hija. No te turbes, sino respóndete a ti misma diciendo: «¿Qué comparación hay entre mi maldad y la abundancia de la sangre derramada con tan ardoroso amor?». Con gran deseo quiero que comprendas que por ti misma no existes, y que no quiero que veas tu negligencia e ignorancia a través de la oscuridad y la turbación sino a través de la luz infinita de la bondad de Dios que se muestra en ti misma. Sabe que el demonio no quisiera sino que te entregaras al conocimiento de tus miserias, sin más consideración.

¿Sabes lo que debes hacer? Lo que haces cuando vas por la noche a la celda para dormir. Primeramente se encuentra la celda y en ella la cama. Ves primeramente que te es necesaria la celda no sólo en cuanto tal, sino que diriges la mirada y el afecto a la cama, donde hallarás el reposo. Así debes hacer cuando llegues a la celda del conocimiento de ti misma. Quiero que en él abras el ojo del entendimiento con amor afectuoso. Entra en la celda y vete al lecho, que es la dulce bondad de Dios, que encuentras en tu interior, en tu celda. Bien ves que el ser te ha sido dado por gracia y no por obligación. Ves, hija, que el lecho se halla cubierto de una colcha toda roja por la sangre del Cordero degollado y aniquilado. Descansa, pues, aquí, y nunca te vayas. Mira que no hay celda sin cama ni cama sin celda. Haz que tu alma prospere consi-

derando la bondad de Dios, porque esto lo puedes hacer. En este lecho se halla el manjar, la mesa y el camarero. El Padre eterno es mesa, el Hijo manjar y el Espíritu Santo quien te sirve y ha hecho de sí un lecho para ti. Sabe que si te dedicases sólo a la contemplación de ti misma con grandes turbaciones, aunque vieses la mesa, el lecho preparado y en él al conocimiento, no recibirás el fruto de su paz y quietud sino que seguirías sin ella, estéril y sin fruto alguno. Por tanto te ruego, por amor a Cristo crucificado, que permanezcas en este dulcísimo y glorioso lecho de descanso. Estoy segura de que lo harás, si te anegas en la sangre.

Por eso te dije que deseaba verte bañada y anegada en la sangre. No digo más. Permanece en el santo y dulce amor a Dios. Ponte en la cruz con Cristo crucificado. Refúgiate en sus llagas. Síguele por el camino de la cruz, pareciéndote a El. Deléitate en los oprobios, penas, sufrimientos, tormentos, escarnios y villanías por amor a El, sufriendo hasta el fin de la vida, saboreando siempre la sangre caída de la cruz. Jesús dulce, Jesús amor.

IMPORTANCIA DE LAS TRIBULACIONES

A Fray Nicolás de Montealcino.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, amadísimo y carísimo hijo mío en Cristo Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros sentado a la mesa de la santísima cruz en que está el Cordero inmaculado hecho para nosotros manjar, mesa y camarero. Pienso que con otro manjar no se puede deleitar ni saciar el alma. Digo que debemos andar por su camino y

que El es el Camino. ¿Cuál fue su camino? Lo que El comió mientras andaba: sufrimientos, oprobios, tormentos, villanías y, finalmente, la afrentosa muerte. Para conseguir nuestro fin tenemos que subir. Así lo hace en verdad el alma, una vez que ha visto el camino establecido por el Maestro. ¡Es para considerar tan consumado amor, que de sí mismo, o sea, de su cuerpo, ha hecho escalera para llevarnos por el camino de las penas y darnos descanso! ¡Oh hijo carísimo! Alguien dudará, porque el comienzo del camino le parece fatigante, pero después de llegado a los pies del afecto, del odio y del amor, todo lo amargo se le vuelve dulce. El primer escalón en el cuerpo de Cristo son los pies. Esta es la enseñanza que dio una vez a una sierva suya, diciéndole: «Levántate, hija, elévate sobre ti y sube a mí. Para que puedas subir yo me he hecho escalera al ser clavado en la cruz. Sube primeramente a los pies, esto es, supera tu afecto sostiene al alma. En esto primero te conocerás a ti misma. Después llegarás junto al costado abierto. Por su abertura te muestro mi secreto: que lo que he llevado a cabo ha sido por amor de corazón. Embriaga en él tu alma. En paz tan grande gustareis a Dios-hombre». En él se encontrará el calor de la caridad divina; conocereis la bondad infinita de Dios. Después de habernos conocido a nosotros y a su bondad, llegaremos a la boca. Aquí se encuentra tal paz y quietud que ninguna amargura que sobrevenga le puede alcanzar, por ser cosa tan elevada sobre la tierra. El es el lecho donde el alma descansa. Por eso dije que deseaba veros en la mesa de la santísima cruz.

Animo, hijo: no permanezcamos más en la negligencia, pues llega la primavera. Tened gran cuidado de vuestras ovejas. Haced por no marchar, si la obediencia no os lo manda. Decid a esas señoras (monjas) que reposen en lo alto de la cruz con su esposo, Cristo crucificado. A Fray Juan decidle que se sacrifique y abrace la cruz por causa de Cristo. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

PERSEVERANCIA EN LA OBEDIENCIA

A Fray Juan de Bindo de Doccio.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros constante y perseverante en toda virtud a fin de que no querais volver la vista atrás para mirar al arado, sino que sigais con perseverancia el camino de la verdad. La perseverancia es la que será coronada. Sin ella no podremos ser gratos ni aceptos a Dios. Ella es la virtud que, por la abundancia de la caridad, cosecha el fruto de todos nuestros trabajos en el interior de nuestra alma. ¡Qué bienaventurada es la que corre y gasta su vida en verdadera y santa virtud! Porque en esta vida gusta las arras de la eterna. Sin embargo, esta perfección no la podemos alcanzar sin sufrir mucho, pues esta vida no pasa sin trabajos, y quien quisiere escapar de ellos se alejaría del fruto, y aun con todo no los habría evitado, ya que tenemos que sufrir en cualquier estado en que nos hallemos. Cierto que son sufridos con mérito o sin él, según nuestra voluntad esté ordenada en conformidad con la de Dios. Los mundanos, porque la raíz de su afecto se halla podrida, tienen echadas a perder y corrompidas todas sus obras, por lo cual sus trabajos no tienen mérito alguno. ¡Cuántos trabajos y penas sufren sirviendo al demonio! Muchas veces, para cometer un pecado mortal, soportan grandes sufrimientos y se exponen a la muerte de su cuerpo. Estos son los mártires del demonio, e hijos de las tinieblas. Dan ejemplo a los hijos de la luz y materia para avergonzarnos y turbarnos ante la presencia de Dios. ¡Oh hijo carísimo: qué grande es nuestra ignorancia y miseria, pues tan duro e insoportable nos parece sufrir por Cristo crucificado para poseer la vida de la gracia; sin embargo a los mundanos no les parece mal

sufrir al servicio del demonio! Todo viene de que no estamos fundamentados en la verdad por medio del verdadero conocimiento de nosotros, y de que no tenemos nuestro cimiento puesto sobre la roca viva, el dulce Cristo Jesús. Porque el que no se conoce a sí mismo no puede conocer a Dios y, no conociéndolo, no puede amarlo, y por no amarlo no consigue la caridad perfecta ni el odio a sí mismo. El odio (al pecado) obliga a soportar con verdadera paciencia todo sufrimiento, trabajo y tribulación, sea de los hombres o del demonio. Somos a veces perseguidos por los hombres con injurias, palabras y hechos. Dios lo permite para probar nuestra virtud. Otras veces lo somos de los demonios, con muchos y variados pensamientos, con la finalidad de que perdamos la gracia y de llevarnos a la muerte. Los combates son diversos, por lo que algunas veces nos tentará contra el prelado, haciéndonos ver que sus mandatos son indiscretos. De este modo nace el desagrado para con él y con nuestra Orden. Esto lo hace para apartarnos de la obediencia. Si el demonio entra por la puerta de la desobediencia, conseguirá sacarnos de la Orden, diciéndonos al interior del espíritu: «puesto que son tan indiscretos y tú eres joven, no podrás soportar tanto sufrimiento. Mejor es que te marches de ella. Ya encontrarás modo de permanecer fuera de ella con algún permiso». Así te hará ver que se puede estar (fuera) lícitamente.

Ni estos ni otros ataques que sobreviniesen al alma le harán daño si la voluntad propia no consiente. Dios nos los da, no para muerte sino para vida; no para que seamos vencidos, sino para que venzamos y para que quede demostrada nuestra virtud. Abramos valientemente el ojo del entendimiento para mirar a la sangre de Cristo crucificado a fin de que se fortalezca nuestra debilidad y experimentemos la virtud y la perseverancia en esta gloriosa y preciosa sangre.

En ella se reconoce la gravedad y el enojo por la culpa, y se manifiesta la justicia y la misericordia. De sobra sabemos que si a Dios no le hubiera desagradado tanto la